

tes: Holofernes hallase á las puertas, y no queda otra esperanza que el auxilio de Judit.—

Mistress Needle comprendió que los males debían ser muy profundos, y al momento envió este parte telegráfico: ‘Parto sin tocar apenas Londres: mañana llego ahí con el primer tren de Newcastle.

## LIX.

## EL DOMINGO DE LOS PIETISTAS.

Los desastres de la parroquia de Parque verde eran mucho mayores de lo que había participado miss Mary. La mujer, en parte por el miedo de amargar á su señora, y en parte por el ánsia de no descubrir sus máculas, no había referido ni la milésima parte de las comunes desventuñas. La mala afición al *puseísmo* y al *ritualismo*, vigorosamente impugnada en el estío anterior, por haber cambiado mistress Needle á su párroco, de nuevo revivía más turbulenta que nunca. No poca culpa tenía la importunidad de miss Mary. Había tomado á la letra las palabras de su señora; quien, al salir de Italia, le había recomendado que la representase cerca del

reverendo rector. Por ello estaba todos los días sofisticando sobre la dirección que debía dar á la parroquia y sobre lo que debía decir en las prédicas, haciendo siempre sonar alto á la dama en nombre de la que pretendía dictar leyes. El pobre ministro no podía hacer más que humillarse y atar el borrico donde quería su señor. Sabíase después en el país que la vieja solterona, antipática en extremo, lo disponía todo, y llevaba de la nariz á su propio pastor; persuadiéndose cada uno fácilmente de que en el castillo de Parque verde se forjaban todos los rayos que llovían el domingo próximo en las cabezas de los novadores.

El natural efecto de tales voces era que tomasen tirria á la propia mistress Needle, á su procuradora miss Mary, y á su hechura el reverendo párroco Star: como si esto no fuese bastante se enardecían mucho los espíritus ya inclinados á las innovaciones. Por este y otros motivos se desalentaba el cura: no encontraba ya en su grey favor sino en una persona ausente, mistress Needle, y en otra presente, miss Mary, caída en el ridículo universal. Entre tanto veía que los ingresos desvanecíanse cada vez más como el humo, hasta el extremo de

serle ya difícil dar á su no pequeña familia tanto pan de trigo cuanto pan evangélico suministraba él á sus ovejas.

Ni aún los derechos de estola (los anglicanos han suprimido ésta, pero han conservado el nombre y la cosa) podía percibir fácilmente, porque los revoltosos parroquianos quisieron entablar sobre ellos negociaciones. Fué preciso que se sujetase á la tarifa modificada que fijaron: en compensación no administraba el bautismo y el matrimonio según la necesidad de cada cual, sino á grupos, cuando estaban prontos á recibirlos un regimiento de criaturas ó esposos. Tales miserias cotidianas venían á ser para él tanto más insoportables, cuanto á todas horas se le ponía delante del pensamiento la imágen cruel del doctor Wind, párroco titulado, que á sus expensas pescaba la muy abundante asignación del beneficio.—¡Es doloroso! exclamaba él en familia: yo llevo el peso del día y del calor, pero él no se incomoda en lo más mínimo; tengo que procurarme el pan con cuarenta esterlinas roñosas, y él náda en la opulencia. ¡Oh! ¡Qué suerte tan mala la del clero inferior...! El clero privilegiado, es preciso reconocerlo, nos tiene en un potro.—

Para el reverendo Star, para su mujer y para sus hijos, fué un día hermoso aquel en que miss Mary les llevó el anuncio de que mistress Needle hallábase á punto de volver. El cura fué á reverenciar á la patrona en el andén de la via férrea, y al día siguiente se presentó en el castillo para referir sus cuitas, como también las de la parroquia. Procurando no decir demasiadamente, hizo lo posible para dar á entender que la presunción y el fanatismo de la puritana miss Mary habían empujado la barca á los escollos, en vez de regirla entre las tormentas. Mistress Needle, que conocía muy bien á su gente, no tardó en penetrar en el fondo de la cuestión. Léjos, sin embargo, de darse por vencida, sintió renacer el celo más vivo y ardiente para restaurar las ruinas de la casa de Dios.

Tenía ciertamente á la mano mil medios eficaces, que faltaban al pobre cura. Mientras permanecía en el país, no podían faltar cierto número de adherentes al pastor. Poseía por los alrededores tierras y propiedades vastísimas, en las que habitaban los colonos correspondientes; tenía también minas riquísimas de carbón de piedra, y por tanto, á centenares y á miles, peones, zapadores, carboneros, mineros, capataces

y sobrestantes más ó menos sometidos; con ellos estaban sus respectivas familias, compuestas de personas que tenían pocas ganas de luchar abiertamente con la dama. Aun cuando no hubiese tenido á otros, quedaban de continuo á sus órdenes los del castillo con sus criados para el servicio de la casa ó de los jardines, que no podían sustraerse de ningún modo á su religiosa influencia. Se dirigia los días festivos al templo en carruaje de gala, con lacayos de librea solemne; ella y sus hijos iban en el primer coche; en los otros las camareras, las nodrizas, las niñeras, las planchadoras y las costureras. La masculina servidumbre iba á pie; estaban todos seguros de que al ojo vigilante de la señora no se le hubiera escapado si uno se hubiese atrevido á faltar á las funciones del domingo. Sobre todo en las primeras semanas posteriores al regreso de mistress Needle, la cosa marchaba perfectamente, llenándose toda la iglesia, con placer extraordinario del reverendo pastor.

Mucho podía también mistress Needle con el buen ejemplo. Se sabía que en el castillo el día de fiesta se observaba con escrupulosidad que correspondía dignamente á la celebración del servicio en el

templo. En él doblábase la paz de aquellas mansiones, nunca estrepitosas. La señora, no sólo exigía que observasen las fiestas sus colonos, sus jardineros, sus mozos de cuadra y sus servidores, sino que se gloriaba de convertir su palacio en una especie de templo. Después de comer en la tarde del sábado recorría todas las habitaciones y visitaba cuidadosamente las labores, así como el guardaropa y los cuartos de sus sirvientas; quería que la ropa estuviese guardada, que los canastillos se arreglasen perfectamente, que las mesas se viesan desocupadas, y que los armarios se cerrasen con diligencia. En la sala de visitas del entre-suelo, según la costumbre inglesa, quería encontrar recogidos los papeles de música y echado el atril del piano; volvía la llave, que mandaba colgar de un clavo en su propio gabinete. Pasaba, por último, en revista los cuartos íntimos de la casa. No sufría un mueble fuera de su lugar, ni un cajón abierto, ni unas tijeras abandonadas sobre el costurero. ¡Ay si un rodete de seda ó un bastidor de bordar hubieran tardado á ceder el sitio al día del Señor! ¡Ay si Clara ó Clemencia se hubieran atrevido á estudiar una lección ó á leer un libro profano! ¡Ay, sobre todo, si hubieran intentado abrir los

cartones del dibujo ó teñir un pincel en tinta china! Ciertamente hubieran oído los gritos más agudos con que su buena madre las hubiese amonestado.

Importa confesar que mistress Needle obraba en todo esto por estímulo de su conciencia delicada: así entendía el reposo bíblico del sábado. Según su interpretación del sagrado texto, el único trabajo lícito en aquel día era sacar á la Biblia de su funda. Había de ellas una riqueza en su casa: para cada persona de la familia una cuando menos, bien encuadernada y bien cuidada; para ella y para sus hijos gloriábase de poseer una multitud; biblias de estudio y biblias de salón, biblias de mesa y biblias de bolsillo, biblias de lujo y biblias manuales, biblias de casa y biblias para las funciones del templo. Ni dejaba que se llenasen de polvo, haciendo que cada una sirviera en su tiempo y lugar.

John se libraba fácilmente de los rigores dominicales, porque teniendo su cuarto cerrado con llave, no había quien osase abrirlo ni asomar en él su faz para examinarlo. Si estaba dentro corría el pestillo, y buenas noches. A su modo de ver, el mejor medio de santificar el domingo era seguir estudiando la religión. Después del retorno

había llegado á ser esta su ocupación única. Mas sus hermanas, que no podían como él pasar el pestillo, ni sustraerse de modo alguno á la vigilancia materna, consideraban el santo día como un santo suplicio. ¡Pobrecitas! Erales forzoso renunciar al aro, á la cuerda, al cochecito y al colimpo, contentándose con dar sosamente vueltas por las calles de árboles del parque y con ver las eras del jardín, que conocían á ojo cerrado, como las torrecillas góticas que se veían en los ángulos del palacio y los arcos agudos que adornaban el ventanaje. La más activa diversión que les permitía la protestante rigurosa era dejarles dar algún salto por los prados.

Ni se crea que la señora, para restablecer la piedad decaída, se ciñese á frecuentar con pompa el templo, y á disponer lo preciso para la observancia dominical, no; metía generosamente la mano en su bolsa, según le dictaba su corazón pío y misericordioso. Si había que hacer restauraciones en el templo, juzgaba estricto deber de su *jus patronato* concurrir largamente á los gastos; á la oficina de beneficencia remitía sus cuotas con regular constancia, lo cual no impedía que hiciera llegar también sus socorros á las cabañas de los obreros y

de otros necesitados, principalmente si frecuentaban las funciones del templo. Aprendido había en la biblia esta misericordia. ¡Milagro de la divina bondad! El piadoso Señor había dispuesto que de aquel informe resto de biblia, como es la biblia anglicana, mistress Needle, como tantas otras almas buenas, sacase la miel de la piedad y el aceite de la compasión (1). A veces Julia medio burlándose y medio seria, le decía:—Os veo siempre con vuestra biblia en la mano, y si no estoy en un error, algún buen pensamiento sacais de ella: me recuerda esto aquel pasaje de la Escritura: “A fin de chupar la miel de la piedra y el aceite del peñasco durísimo.”

—¿Qué quieres decir?

—A mi modo de ver, la biblia vuestra no es Biblia, siuo un libro malo; con todo, Dios se sirve de él para hacernos bien.—

[1] Me indicaron que la frase *un resto de biblia* es demasiado severa. Significa sólo *Biblia mutilada*; que la biblia anglicana lo está, es de fe, por faltar en ella varios libros canónicos. Este defecto (además de otros) hace que sea un *libro malo*, por ser un sacrilegio quitar á los fieles la sagrada palabra de Dios. Por ello la iglesia lo prohíbe.

## LX.

## CUIDADOS PARROQUIALES DE UNA SEÑORA.

Si mistress Needle derramaba con gusto de todas maneras limosnas abundantes en el seno de los infelices, mucho más cordialmente hacía descender el benéfico rocío sobre la tierra infecunda del pobre cura. Era éste un buen hombre, no ignorante ni docto, no impío ni furioso en su fe; enemigo de la Iglesia católica, por oficio, mas sin ódio; adversario mortal del *Ritualismo*, porque le había dado ocasión para serlo; ferviente secuaz del Alta iglesia, á la que amaba mucho y conocía poco, por no haber estudiado nunca el *Book of the Common Prayer* y mucho menos la Escritura: desempeñaba su papel de ministro por ser muy práctico, como hijo, nieto y biznieto de sacerdotes. Hallándose en Parque verde por gracia de mistress Needle, bendecía su fortuna, que le había dado un poco de tranquilidad, si bien con pan escaso. No tenía inconveniente alguno en tomar una disposición parroquial, si no quebrantaba los treinta y nueve artículos, y complacía á la patrona, encontrándose resuelto, sin